

## **XXVIII Domingo (Año C) - Casa Divin Maestro, Ariccia, 9 de octubre de 2022**

### **Misa votiva del Espíritu Santo en la apertura del Capítulo General de la Orden del Císter**

*Lecturas: 2 Reyes 5:14-17; 2 Timoteo 2:8-13; Lucas 17:11-19*

“Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias.” (Lc 17,15-16)

Tal vez sea esta frase la que pueda sugerir con qué espíritu estamos llamados a iniciar nuestro Capítulo General, siete años después del último, mientras que en el ínterin el mundo ha sufrido y sufre una grave pandemia, una guerra fratricida que pone en peligro al mundo entero y una gran inestabilidad política y económica. Cada uno tendrá razones diferentes, cada uno tiene su “enfermedad incurable”, su “lepra”, su “espina en la carne”, no importa. Lo que debe unirnos es que cada uno de nosotros tiene motivos para volver una y otra vez a Jesús, para adorarlo y agradecerle. Y eso es lo que nos une.

Volver, adorar, agradecer. Aprendemos del leproso curado estas tres grandes dimensiones de la vida y de la fe en la Salvación. Jesús le dice al final: “¡Levántate y vete; tu fe te ha salvado!” (Lc 17,19). Es como si dijera que el retorno a Él, la adoración y la gratitud son las dimensiones de una fe que nos salva, que recibe de Cristo no sólo la salud, la que se perderá tarde o temprano, no sólo la solución a nuestros problemas inmediatos, sino la salvación de la vida, la salvación para siempre.

El leproso curado no se contentó con la salud: comprendió que el milagro era un signo de algo mucho más grande y precioso: era un signo de Cristo Salvador, era un signo de que el Salvador estaba presente y lo amaba. Por eso volvió a Él. La salud no era suficiente para él: anhelaba a Cristo, anhelaba encontrarse una y otra vez con el Señor y Salvador de la vida.

Los otros nueve leprosos curados volvieron a su vida normal, ciertamente con alegría. Pero, ¿es éste realmente el único sentido de la vida? ¿Vale la pena estar sano sólo para sobrevivir a la enfermedad y a la muerte durante un tiempo? Cristo nos ofrece mucho más. Cristo nos ofrece no sólo la salud, no sólo la solución a nuestros problemas, a nuestras dificultades y sufrimientos. Cristo se nos ofrece a sí mismo. Por eso la fe nos salva, porque la fe nos lleva a adherirnos a Cristo, a volver siempre a él, a su presencia, a su amor; a reconocerlo como nuestro Dios en la adoración; a reconocerlo como la fuente inagotable de nuestra alegría, la que nos hace alabar y agradecer a Dios siempre y por todo.

Volver a Cristo, empezar de nuevo desde Cristo, significa también reconocer que su presencia que nos sana y salva está ligada a un lugar, y que si queremos realmente encontrarnos con Él debemos ir donde está. Incluso Naamán, el comandante pagano al que Dios curó de la lepra gracias a la intervención del profeta Eliseo, comprende que debe llevar consigo la tierra de Israel, sobre la que rezar al Dios verdadero.

Esta tierra es para nosotros un símbolo de la Iglesia, de la comunidad de personas y comunidades a las que nos es dado volver siempre para encontrar, adorar y alabar al Señor. Esta tierra santa es el lugar de nuestra vocación, es nuestra comunidad, es la Orden. Nuestros padres cistercienses comprendieron desde el principio que el carisma cisterciense, alimentado por el carisma de San Benito, estaría siempre vinculado a la tierra santa de la comunión entre los monasterios nacidos del nuevo monasterio de Cîteaux. Y que la principal forma de volver a Cristo en esta tierra era la reunión del Capítulo General.

Por eso no debemos volver a la reunión del Capítulo General como si estuviéramos reuniendo un parlamento u organizando un congreso, sino con la conciencia de volvernos a reunir en la tierra sagrada del encuentro con el Señor Jesús que nos salva, que nos da su Espíritu Santo y nos renueva en la fraternidad universal de los hijos de Dios Padre.

El Capítulo General irá bien y renovará la vida de la Orden si durante estos días el Espíritu Santo abre nuestros corazones para escuchar a Jesús que nos repite: “¡Levántate y vete; tu fe te ha salvado!” (Lc 17,19)

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*